

Cuando el fuego amenaza nuestras historias de vida

Detalles Publicado el Domingo, 08 Enero 2012 00:30 Escrito por Patricia Orellana
Visitas: 2016



Share



Twitter 0

Me gusta Compartir 0

Los incendios en los calurosos veranos de Ñuble son casi como algo asumido, pero sucede que a veces se salen de madre y provocan, como ahora, una cadena de desgracias, de horas difíciles de asumir y de procesar.

“Comenzó el fuego lejos de Santa Gertrudis (sector Santa Ana en Quillón) y nunca pensamos que llegaría con esa voracidad hasta nosotros. Me encomendaba a San Miguel y le pedía que salvara la casa. Fue algo increíble. Yo había colgado mi toalla en la terraza de mi dormitorio en la mañana; hasta allí llegaron las llamas, pero se la arrebaté. Aquí la tengo semi quemada, como un mudo testigo de lo vivido”, dice Margarita Doll De Castro, propietaria del fundo Santa Gertrudis en el cerro Cayumanqui (donde están las antenas). Salió junto a su hijo Ignacio Unzueta Doll cuando ya estaban evacuando el lugar, junto a su fiel y querida Laurita y sus perros.

Ignacio recuerda con emoción esos momentos. “Mi madre es una mujer increíble. Toda su historia de setenta años, desde que se casó con mi padre, Francisco Unzueta Urrejola, está entre las paredes de su casa en Santa Gertrudis. Mi casa, relativamente cerca, también estaba en peligro de incendiarse, pero ella era lo primero. Llegué a Santa Gertrudis y le dije: mamá, vamos, eche en una maleta lo que quiera llevarse, no hay tiempo. Recorrió su casa con la mirada, todos los recuerdos; se dio vuelta y me dijo, ¿qué me llevo? Nada, nada. Me llevo mis recuerdos. Y partimos. Me dio una lección de vida, esa tremenda mujer tan sabia y entera es mi madre”, dice Ignacio Unzueta. Y tiene razón, setenta años de una vida plena no caben en una maleta.

Margarita recordaba que llegó a Santa Gertrudis en 1941 recién casada. “Mi suegro que era una persona encantadora, me dijo, Margarita, la casa vieja la botó el terremoto (1939) y como Ud. va a vivir acá, levante la nueva casa a su gusto. Así se hizo, esa casa significa mucho para mí”. Los Unzueta llevan más de un siglo en Santa Gertrudis. Margarita es algo así como la gran dama del valle. Fue diez años alcaldesa de Quillón, y veinte años presidenta del Club de Jardines fundado por ella. Ha sido una viajera constante, ha recorrido mucho mundo, y cada vez que regresa de un viaje dice: “no hay nada más hermoso que mi casa en Santa Gertrudis”. Margarita junto a Laurita esperan con paciencia en casa de su hijo Miguel (también en el sector) regresar a su hogar, pero habrá que reponer los sistemas de agua y electricidad previamente.

Santa Gertrudis, en el cerro Cayumanqui era hasta un par de días, un vergel, con árboles nativos, copihues, orquídeas chilenas, violetas amarillas y muchas viñas. Hoy se ve todo gris, arrasado, pero el fuego respetó milagrosamente la casa.

En cuanto a su propia casa, Ignacio Unzueta relata que tenía fuego por tres costados. “Trabajamos como locos, hasta siendo temerarios, con mi hijo, pero impedimos que la casa se quemara”. Publicista (Dittborn & Unzueta), reconoce estar bloqueado todavía. “Tenía que enviar algo a Estados Unidos esta tarde (el viernes) y en algo que me demoro normalmente 10 minutos, me tardé una hora y media. Estos días he estado monotemático de pensamiento y palabra, pero estoy agradecido, estamos vivos, mi madre no perdió su casa, conservé la mía, muchos otros no tuvieron esa suerte”, expresa.

EN SAN RAMÓN ALTO

En este sector de Quillón vive el matrimonio conformado por Ramón Rozas y Adriana Erbo. Viven en el lugar desde hace 50 años y desde que se establecieron allí se han dedicado a la agricultura. La pintora Evelyn Rozas es hija del matrimonio y gran parte de su vida ha transcurrido entre esos bellos parajes entre los valles y subvalles que albergan los cerros costinos.

“Los recuerdos de mi familia y los de la familia que yo he formado con Rolando, están ligados a San Ramón Alto y los días tremendos que nos ha tocado vivir nos hizo sentir que todo era como un infierno”, expresa Evelyn.

Explica que el fuego llegó a tres metros de la casa de sus padres y que literalmente junto a toda la familia se la arrebataron a las llamas. “Todo era como una pesadilla, y uno peleando con el fuego mientras los helicópteros pasaban arrojando agua a cada rato. El humo y el viento caliente hacía todo irrespirable. Usamos mascarillas, tratábamos de optimizar la poca agua que lográbamos reunir. Era como si uno estuviese viviendo algo irreal, pero el fuego lo colocaba todo rápidamente en la realidad

brutal”, dice Evelyn.

Cuenta que sus padres les habían regalado una parte del campo en la que no han hecho casa todavía, pero sí plantado árboles y convertido el lugar en un sitio ideal.

Evelyn aún está impactada con el incendio, con el capricho de las llamas, de cómo el viento hacía y deshacía los focos de fuego. “Saltaban de un sitio a otro y comenzaba otro foco. Algo difícil de olvidar. Yo en medio de los esfuerzos por apagar las llamas pensaba en mis padres, en toda su historia en medio siglo de trabajar esta tierra en San Ramón Alto. Afortunadamente salvaron su casa y un huerto de cerezos, creo que eso les permitirá la ilusión de prácticamente comenzar de nuevo. Mi papá tiene 84 años. Uno en medio de toda esta locura que se vivió durante los días en que todo era desconcierto, reflexiona mucho, dan vuelta en la mente muchas cosas en medio de los recuerdos y en paralelo la tarea de salvataje. Entonces uno debe asumir su tremenda fragilidad, así de simple”, dice Evelyn Rozas Erbo.

FUEGO QUE ARRASA

José Manuel Iriarte Peña tiene campo en el sector El Sauzal, para el lado de Queime. Divide su tiempo entre el trabajo que tiene en Santiago y las tareas de su predio en nuestra zona.

Era un día como tantos otros -cuenta- con tareas que cumplir y un poco de vida social para el relajo. “Ese día almorzamos con mi suegro que tiene campo más hacia Florida. Era un día tranquilo, grato, para compartir y luego para preocuparme del campo, y de una ampliación que le estoy haciendo a la casa. Parecía que había incendio en algún lugar, pero el fuego en los campos es parte del día a día, desde la quema controlada hasta pastizales que encienden y la rutina de apagar y controlar. Con mi suegro fuimos a caminar y nos cruzamos con el guardabosque de un predio vecino y otras personas. Nos dijeron que la cosa estaba fea y que era prudente salir pronto. Mi suegro volvió a su campo y yo me dediqué a guardar las cosas que era posible hacerlo. Había comprado madera de demolición en Santiago para la ampliación y no quería perderla. Pero la situación se fue complicando cada vez más, era como la guerra, una verdadera locura.”

José Manuel Iriarte Peña es un hombre lleno de optimismo, pero reconoce que la jornada fue complicada y dura. “Llega un momento en que la razón y la prudencia indica que hay que dar vuelta la espalda y retirarse. Eso hice, tomé mi vehículo y partí. No había nada más que hacer”, dice el agricultor. “Luego vino el regreso, regresar cuando el fuego lo permitió para saber si uno tenía casa o no. Se quemó todo el campo, pero por los caprichos del fuego, del viento y del destino, ahí seguía mi casa. Eso es difícil de explicar, son emociones muy fuertes. El fuego lo había arrasado todo, parecía que habían tirado una bomba, todo quemado y plomizo, pero ahí seguía la casa en medio de la desolación. En medio de todo este descalabro recordaba que poco antes había talado y vendido un bosque, eso quiere decir que algo salvé en ese sentido”.

Añade que no tuvo la misma suerte su vecina, Nena Irigoyen. “Una verdadera lástima, el fuego se lo llevó todo, casa, bodega, vehículo. Todo. Hace unos cuatro años hubo un incendio parecido, de menor proporción que le quemó casi todo, en esa oportunidad salvó su casa. Una lástima”.

José Manuel Iriarte se encoge de hombros y dice que no queda más que empezar de nuevo.

MUY GOLPEADA

En el sector de Huechupín, en el alto, vive Gladys Castillo, aparentemente alejada de los focos del incendio. Sin embargo, ella vivió horas de angustia. “El calor, la ola de calor que llegaba desde los sitios incendiados provocó problemas entre los animales domésticos que no eran capaces de soportar el calor. “Yo he vivido la terrible experiencia que significa incendiarse y perder prácticamente todo, hasta seres queridos. Uno queda marcado para siempre con cosas como esta, el fuego es algo vivo y caprichoso y uno nunca sabe. A pesar que los focos del incendio, que se apreciaba terrorífico desde la distancia, el sector debió ser evacuado. Fueron horas de angustia y miedo, pienso en las personas que sí perdieron sus cosas, el trabajo de una vida y enmudezco. A uno la salva la fe y la esperanza en estos casos y reconforta la solidaridad que surge como un bálsamo en medio del miedo”, dice Gladys.


Entre las familias que vivieron horas de terror y angustia está la de Carlos Grüebler Dardel, propietario del Museo y fundo San José en la comuna de Ránquil, en el sector de San Ignacio de Palomares. Ellos se defendieron del fuego con la garra y el espíritu que se refuerza ante la adversidad. Salvaron su casa-museo; sin embargo su hija relató a través de las redes sociales, los momentos de espanto que vivió la familia. En la mañana del viernes, y de nuevo se hace patente la solidaridad, visitó a Margarita Doll en la casa de su hijo Miguel. Margarita y Gabriela, su nuera, señalaron que su cara reflejaba con claridad el horror vivido.

NO SOMOS DUEÑOS DE NADA

Sylvia Cea tiene casa en el sector Palermo en Quillón, uno de los focos junto a Santa Ana y San Ramón que resultaron más persistentes. Ella al igual que todos los habitantes de los lugares incendiados, recuerda los días vividos. “Las emociones que despiertan hechos como el ocurrido son difíciles de explicar. Las noticias circulan con rapidez y conmueve la solidaridad de los amigos, la incondicionalidad y amor de la familia. En nuestro caso, el fuego se instaló en el predio de mi vecino, en la punta del cerro y desde allí en un cuento especial que tenía con el viento, decidía si retrocedía o bajaba el cerro. Si lo hacía, había que

despedirse de la casa, del jardín tan querido y en el que se ha puesto tanto esfuerzo. En medio de los cerros que ardían en llamas, del Cayumanqui que había cedido a las llamas, las sirenas, los helicópteros surcando el cielo y arrojando agua, se hacía patente una sensación de irrealidad absoluta. Y entonces, en medio de toda esta debacle, uno se pregunta, qué hago aquí, esto es irreal. Una locura. Y luego el frenesí por salvar las cosas de la casa y partir. Todo rarísimo, de mentira. Y llegó el momento en que era prudente partir, con un nudo en la garganta y la boca apretada. Y entonces, sólo entonces, uno comprende que no es dueño de nada”.

0 comments

	<input type="text" value="Añade un comentario..."/>
	<input type="button" value="Comentar con..."/>

Plug-in social de Facebook